



XVII.

UN ALCALDE DE MONTERILLA.

El Sr. Juan López, que como particular y como Alcalde era la tiranía, la ferocidad y el orgullo personificados (cuando trataba con sus inferiores), dignábase, sin embargo, á aquellas horas, después de despachar los asuntos oficiales y los de su labranza y de pegarle á su mujer la cotidiana paliza,

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 14

beberse un cántaro de vino en compañía del Secretario y del Sacristán, operación que iba más de mediada aquella noche, cuando el Molinero compareció en su presencia.

—¡Hola, tío Lucas! (le dijo, rascándose la cabeza para excitar en ella la vena de los embustes.) ¿Cómo va de salud?—¡Á ver, Secretario; échele V. un vaso de vino al tío Lucas!—¿Y la señá Frasquita? ¿Se conserva tan guapa? ¡Ya hace mucho tiempo que no la he visto!—Pero, hombre..., ¡qué bien sale ahora la molienda! ¡El pan de centeno parece de trigo candéall—Conque..., vaya.... Siéntese V., y descanse; que, gracias á Dios, no tenemos prisa.

—¡Por mi parte, maldita aquella!—contestó el tío Lucas, que hasta entonces no había despegado los labios, pero cuyas sospechas eran cada vez mayores al ver el amistoso recibimiento que se le hacía, después de una orden tan terrible y apremiante.

—Pues entonces, tío Lucas (continuó el Alcalde), supuesto que no tiene V. gran

prisa, dormiré V. acá esta noche, y mañana temprano despacharemos nuestro asunto....

—Me parece bien.... (respondió el tío Lucas con una ironía y un disimulo que nada tenían que envidiar á la diplomacia del Sr. Juan López.)—Supuesto que la cosa no es urgente..., pasaré la noche fuera de mi casa.

—Ni urgente, ni de peligro para V. (añadió el Alcalde, engañado por aquel á quien creía engañar.) Puede V. estar completamente tranquilo.—Oye tú, Toñuelo.... Alarga esa media-fanega, para que se siente el tío Lucas.

—Entonces.... ¡venga otro trago!—exclamó el Molinero, sentándose.

—¡Venga de ahí!—repuso el Alcalde, alargándole el vaso lleno.

—Está en buena mano.... Médielo V.

—¡Pues, por su salud!—dijo el señor Juan López, bebiéndose la mitad del vino.

—Por la de V...., señor Alcalde,—replicó el tío Lucas, apurando la otra mitad.

—¡Á ver, Manuela! (gritó entonces el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 1.

Alcalde de monterilla.) Dile á tu ama que el tío Lucas se queda á dormir aquí. Que le ponga una cabecera en el granero....

—¡Cal no.... ¡De ningún modol Yo duermo en el pajar como un rey.

—Mire V. que tenemos cabeceras....

—¡Ya lo creol Pero ¿á qué quiere V. incomodar á la familia? Yo traigo mi capote....

—Pues, señor, como V. guste.—¡Manuela! dile á tu ama que no la ponga....

—Lo que sí va V. á permitirme (continuó el tío Lucas, bostezando de un modo atroz) es que me acueste en seguida. Anoche he tenido mucha molienda, y no he pegado todavía los ojos....

—¡Concedido! (respondió majestuosamente el Alcalde.)—Puede V. recogerse cuando quiera.

—Creo que también es hora de que nos recojamos nosotros (dijo el Sacristán, asomándose al cántaro de vino para graduar lo que quedaba.) Ya deben de ser las diez.... ó poco menos.

—Las diez menos cuartillo....—notificó el Secretario, después de repartir en los

vasos el resto del vino correspondiente á aquella noche.

—¡Pues á dormir, caballeros!—exclamó el anfitrión, apurando su parte.

—Hasta mañana, señores,—añadió el Molinero, bebiéndose la suya.

—Espere V. que le alumbren....—¡Toñuelo! Lleva al tío Lucas al pajar.

—¡Por aquí, tío Lucas!....—dijo Toñuelo, llevándose también el cántaro, por si le quedaban algunas gotas.

—Hasta mañana, si Dios quiere,—agregó el Sacristán, después de escurrir todos los vasos.

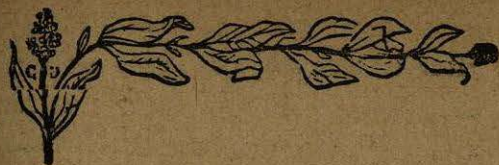
Y se marchó, tambaleándose y cantando alegremente el *De profundis*.

.....

—Pues, señor.... (dijole el Alcalde al Secretario cuando se quedaron solos.) El tío Lucas no ha sospechado nada. Nos podemos acostar descansadamente, y.... ¡buena pro le haga al Corregidor!




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 1.



XVIII

DONDE SE VERÁ QUE EL TÍO LUCAS TENÍA
EL SUEÑO MUY LIGERO.

 cinco minutos después, un hombre se descolgaba por la ventana del pajar del señor Alcalde; ventana que daba á un corralón y que no distaría cuatro varas del suelo.

En el corralón había un cobertizo sobre una gran pesebrera, á la cual hallábanse atadas seis ú ocho caballerías de diversa

alcurnia, bien que todas ellas del sexo débil.—Los caballos, mulos y burros del sexo fuerte formaban rancho aparte en otro local contiguo.

El hombre desató una borrica, que por cierto estaba aparejada, y se encaminó, llevándola del diestro, hacia la puerta del corral; retiró la tranca y desechó el cerrojo que la aseguraban; abrióla con mucho tiento, y se encontró en medio del campo.

Una vez allí, montó en la borrica, metióle los talones, y salió como una flecha con dirección á la Ciudad;—mas no por el carril ordinario, sino atravesando siembras y cañadas, como quien se precave contra algún mal encuentro.

Era el tío Lucas, que se dirigía á su molino.



XIX.

VOCES CLAMANTES IN DESERTO.



LCALDES á mí, que soy de Archenal (iba diciéndose el murciano.)
¡Mañana por la mañana pasaré á ver al señor Obispo, como medida preventiva, y le contaré todo lo que me ha ocurrido esta noche!—¡Llamarme con tanta prisa y reserva, á hora tan desusada; decirme que venga sólo; hablarme del servicio del Rey, y de moneda falsa,

y de brujas, y de duendes, para echarme luego dos vasos de vino y mandarme á dormir!.... ¡La cosa no puede ser más clara! Garduña trajo al Lugar esas instrucciones de parte del Corregidor, y esta es la hora en que el Corregidor estará ya en campaña contra mi mujer.... ¡Quién sabe si me lo encontrará llamando á la puerta del molino! ¡Quién sabe si me lo encontrará ya dentro!.... — ¡Quién sabe!.... — Pero ¿qué voy á decir? ¡Dudar de mi navarral.... ¡Oh, esto es ofender á Dios! ¡Imposible que ella!.... ¡Imposible que mi Frasquita!.... ¡Imposible!.... — Mas ¿qué estoy diciendo? ¿Acaso hay algo imposible en el mundo? ¿No se casó conmigo, siendo ella tan hermosa y yo tan feo?

Y, al hacer esta última reflexión, el pobre jorobado se echó á llorar....

Entonces paró la burra para serenarse; se enjugó las lágrimas; suspiró hondamente; sacó los avíos de fumar; picó y lió un cigarro de tabaco negro; empuñó luego pedernal, yesca y eslabón, y, al cabo de algunos golpes, consiguió encender candela.

En aquel mismo momento sintió rumor de pasos hacia el camino,—que distaría de allí unas trescientas varas.

— ¡Qué imprudente soy! (dijo.) ¡Si me andará ya buscando la Justicia, y yo me habré vendido al echar estas yescas!

Escondió, pues, la lumbre, y se apeó, ocultándose detrás de la borrica.

Pero la borrica entendió las cosas de diferente modo, y lanzó un rebuzno de satisfacción.

— ¡Maldita seas!—exclamó el tío Lucas, tratando de cerrarle la boca con las manos

Al propio tiempo sonó otro rebuzno en el camino, por vía de galante respuesta.

— ¡Estamos aviados! (prosiguió pensando el molinero.) ¡Bien dice el refrán: el mayor mal de los males es tratar con animales!

Y, así discurrendo, volvió á montar, arreó la bestia, y salió disparado en dirección contraria al sitio en que había sonado el segundo rebuzno.

Y lo más particular fué que la persona que iba en el jumento interlocutor, debió de asustarse del tío Lucas tanto como el

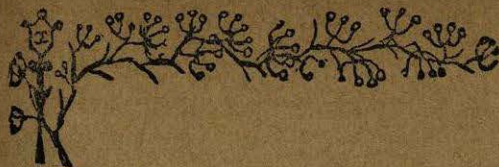
tío Lucas se había asustado de ella. Lo digo, porque apartóse también del camino, recelando sin duda que fuese un alguacil ó un malhechor pagado por D. Eugenio, y salió á escape por los sembrados de la otra banda.

El murciano, entretanto, continuó cavilando de este modo:

—¡Qué noche! ¡Qué mundo! ¡Qué vida la mía desde hace una horal! ¡Alguaciles metidos á alcahuetes; alcaldes que conspiran contra mi honra; burros que rebuznan cuando no es menester; y aquí, en mi pecho, un miserable corazón que se ha atrevido á dudar de la mujer más noble que Dios ha criado!—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Haz que llegue pronto á mi casa y que encuentre allí á mi Frasquita!

Siguió caminando el tío Lucas, atravesando siembras y matorrales, hasta que al fin, á eso de las once de la noche, llegó sin novedad á la puerta grande del molino....

¡Condenación! ¡La puerta del molino estaba abierta!



XX.

LA DUDA Y LA REALIDAD.

ESTABA abierta.... ¡y él, al marcharse, había oído á su mujer cerrar la con llave, tranca y cerrojo!

Por consiguiente, nadie más que su propia mujer había podido abrirla.

Pero ¿cómo? ¿cuándo? ¿por qué?—¿De resultas de un engaño? ¿Á consecuencia de una orden?—¿Ó bien delibe-

rada y voluntariamente, en virtud de previo acuerdo con el Corregidor?

¿Qué iba á ver? ¿Qué iba á saber? ¿Qué le aguardaba dentro de su casa?—¿Se habría fugado la señá Frasquita? ¿Se la habrían robado? ¿Estaría muerta?—¿Ó estaría en brazos de su rival?

—El Corregidor contaba con que yo no podría venir en toda la noche.... (se dijo lúgubrementemente el tío Lucas.) El Alcalde del Lugar tendría orden hasta de encadenarme, antes que permitirme volver.... —¿Sabía todo esto Frasquita? ¿Estaba en el complot?—¿Ó ha sido víctima de un engaño, de una violencia, de una infamia?

No empleó más tiempo el sin ventura en hacer todas estas crueles reflexiones que el que tardó en atravesar la plazoletila del emparrado.

También estaba abierta la puerta de la casa, cuyo primer aposento (como en todas las viviendas rústicas) era la cocina....

Dentro de la cocina no había nadie.

Sin embargo, una enorme fogata ardía en la chimenea....; ¡chimenea que él dejó apagada, y que no se encendía nunca

hasta muy entrado el mes de Diciembre! Por último, de uno de los ganchos de la espetera pendía un candil encendido...

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y cómo se compadecía semejante aparato de vigilia y de sociedad con el silencio de muerte que reinaba en la casa?

¿Qué había sido de su mujer?

Entonces, y sólo entonces, reparó el tío Lucas en unas ropas que había colgadas en los espaldares de dos ó tres sillas puestas alrededor de la chimenea....

Fijó la vista en aquellas ropas, y lanzó un rugido tan intenso, que se le quedó atravesado en la garganta, convertido en sollozo mudo y sofocante.

Creó el infortunado que se anogaba, y se llevó las manos al cuello, mientras que, lívido, convulso, con los ojos desencajados, contemplaba aquella vestimenta, poseído de tanto horror como el reo en capilla á quien le presentan la hopa.

Porque lo que allí veía era la capa de grana, el sombrero de tres picos, la casaca y la chupa de color de tórtola, el calzón de seda negra, las medias blancas

los zapatos con hebilla y hasta el bastón, el espadín y los guantes del execrable Corregidor.... ¡Lo que allí veía era la hoga de su ignominia, la mortaja de su honra, el sudario de su ventura!

El terrible trabuco seguía en el mismo rincón en que dos horas antes lo dejó la navarra....

El tío Lucas dió un salto de tigre, y se apoderó de él.—Sondeó el cañón con la baqueta, y vió que estaba cargado. Miró la piedra, y nalló que estaba en su lugar.

Volvióse entonces hacia la escalera que conducía á la cámara en que había dormido tantos años con la seña Frasquita, y murmuró sordamente:

—¡Allí están!

Avanzó, pues, un paso en aquella dirección; pero en seguida se detuvo para mirar en torno de sí y ver si alguien lo estaba observando....

—¡Nadie! (dijo mentalmente.) ¡Sólo Dios...., y Ese.... ha querido esto!

Confirmada así la sentencia, fué á dar otro paso, cuando su errante mirada distinguió un pliego que había sobre la mesa...

Verlo, y haber caído sobre él, y tenerlo entre sus garras, fué todo cosa de un segundo.

¡Aquel papel era el nombramiento del sobrino de la seña Frasquita, firmado por D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León!

—¡Este ha sido el precio de la venta! (pensó el tío Lucas, metiéndose el papel en la boca para sofocar sus gritos y dar alimento á su rabia.) ¡Siempre recelé que quisiera á su familia más que á mí!—¡Ah! ¡No hemos tenido hijos!.... ¡He aquí la causa de todo!

Y el infortunado estuvo á punto de volver á llorar.

Pero luego se enfureció nuevamente, y dijo con un ademán terrible, ya que no con la voz:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Y empezó á subir la escalera, andando á gatas con una mano, llevando el trabuco en la otra, y con el papel infame entre los dientes.

En corroboración de sus lógicas sospechas, al llegar á la puerta del dormitorio (que estaba cerrada), vió que salían algu-

nos rayos de luz por las junturas de las tablas y por el ojo de la llave.

—¡Aquí están!— volvió á decir.

Y se paró un instante, como para pasar aquel nuevo trago de amargura.

Luego continuó subiendo.... hasta llegar á la puerta misma del dormitorio.

Dentro de él no se oía ningún ruido.

—¡Si no hubiera nadie!—le dijo tímida-mente la esperanza.

Pero en aquel mismo instante el infeliz oyó toser dentro del cuarto....

¡Era la tos medio asmática del Corregidor!

¡No cabía duda! ¡No había tabla de salvación en aquel naufragio!

El Molinero sonrió en las tinieblas de un modo horroroso.—¿Cómo no brillan en la obscuridad semejantes relámpagos? ¿Qué es todo el fuego de las tormentas comparado con el que arde á veces en el corazón del hombre?

Sin embargo, el tío Lucas (tal era su alma, como ya dijimos en otro lugar) principió á tranquilizarse, no bien oyó la tos de su enemigo....

La realidad le hacía menos daño que la duda.—Según le anunció él mismo aquella tarde á la señá Frasquita, desde el punto y hora en que perdía la única fe que era vida de su alma, empezaba á convertirse en un hombre nuevo.

Semejante al moro de Venecia (con quien ya lo comparamos al describir su carácter), el desengaño mataba en él de un solo golpe todo el amor, transfigurando de paso la índole de su espíritu y haciéndole ver el mundo como una región extraña á que acabara de llegar. La única diferencia consistía en que el tío Lucas era por idiosincrasia menos trágico, menos austero y más egoista que el insensato sacrificador de Desdémona.

¡Cosa rara, pero propia de tales situaciones! La duda, ó sea la esperanza (que para el caso es lo mismo), volvió todavía á mortificarle un momento....

—¡Si me hubiera equivocado! (pensó.) ¡Si la tos hubiese sido de Frasquita!....

En la tribulación de su infortunio, olvidábasele que había visto las ropas del Corregidor cerca de la chimenea; que

había encontrado abierta la puerta del molino; que había leído la credencial de su infamia....

Agachóse, pues, y miró por el ojo de la llave, temblando de incertidumbre y de zozobra.

El rayo visual no alcanzaba á descubrir más que un pequeño triángulo de cama, por la parte del cabecero.... ¡Pero precisamente en aquel pequeño triángulo se veía un extremo de las almohadas, y sobre las almohadas la cabeza del Corregidor!

Otra risa diabólica contrajo el rostro del Molinero.

Dijérase que volvía á ser feliz....

—¡Soy dueño de la verdad!.... ¡Meditemos!—murmuró, irguiéndose tranquilamente.

Y volvió á bajar la escalera con el mismo tiento que empleó para subirla....

—El asunto es delicado.... Necesito reflexionar. Tengo tiempo de sobra para *todo*....—iba pensando mientras bajaba.

Llegado que hubo á la cocina, sentóse en medio de ella, y ocultó la frente entre las manos.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que lo despertó de su meditación un leve golpe que sintió en un pie....

Era el trabuco que se había deslizado de sus rodillas, y que le hacía aquella especie de seña....

—¡No! ¡Te digo que no! (murmuró el tío Lucas, encarándose con el arma.)—¡No me conviene! Todo el mundo tendría lástima de *ellos*...., ¡y á mí me ahorcarían! ¡Se trata de un Corregidor...., y matar á un Corregidor es todavía en España cosa indisciplinable! Dirían que lo maté por infundados celos, y que luego lo desnudé y lo metí en mi cama.... Dirían, además, que maté á mi mujer por simples sospechas.... ¡Y me ahorcarían! ¡Vaya si me ahorcarían!—Además, yo habría dado muestras de tener muy poca alma, muy poco talento, si al remate de mi vida fuera digno de compasión! ¡Todos se reirían de mí! ¡Dirían que mi desventura era muy natural, siendo yo jorobado y Frasquita tan hermosa!—¡Nada! ¡no! Lo que yo necesito es vengarme, y, después de vengarme, triunfar, despreciar, reir, reirme mucho,

reirme de todos...., evitando por tal medio que nadie pueda burlarse nunca de esta jiba que yo he llegado á hacer hasta envidiable, y que tan grotesca sería en una horca!

Así discurrió el tío Lucas, tal vez sin darse cuenta de ello puntualmente, y, en virtud de semejante discurso, colocó el arma en su sitio, y principió á pasearse con los brazos atrás y la cabeza baja, como buscando su venganza en el suelo, en la tierra, en las ruindades de la vida, en alguna bufonada ignominiosa y ridícula para su mujer y para el Corregidor. lejos de buscar aquella misma venganza en la justicia, en el desafío, en el perdón, en el cielo...., como hubiera hecho en su lugar cualquier otro hombre de condición menos rebelde que la suya á toda imposición de la naturaleza, de la sociedad ó de sus propios sentimientos.

De repente, paráronse sus ojos en la vestimenta del Corregidor....

Luego se paró él mismo....

Después fué demostrando poco á poco en su semblante una alegría, un gozo,

un triunfo indefinibles....; hasta que, por último, se echó á reir de una manera formidable...., esto es, á grandes carcajadas, pero sin hacer ningún ruido (á fin de que no lo oyesen desde arriba), metiéndose los puños por los ijares para no reventar, estremeciéndose todo como un epiléptico, y teniendo que concluir por dejarse caer en una silla hasta que le pasó aquella convulsión de sarcástico regocijo.—Era la propia risa de Mefistófeles.

No bien se sosegó, principió á desnudarse con una celeridad febril; colocó toda su ropa en las mismas sillas que ocupaba la del Corregidor; púsose cuantas prendas pertenecían á éste, desde los zapatos de hebilla hasta el sombrero de tres picos; ciñóse el espadín; embozóse en la capa de grana; cogió el bastón y los guantes, y salió del molino y se encaminó á la Ciudad, balanceándose de la propia manera que solía D. Eugenio de Zúñiga, y diciéndose de vez en cuando esta frase, que compendia su pensamiento:

‘También la Corregidora es guapall